

vimiento local los ángeles buenos tengan mayor poder que los malos; y la escuela de los teólogos concede que los diablos conservaron las cualidades naturales, si bien perdieron las que eran efecto de la gracia. Así, si un ángel bueno trasportó á Abacuc, también el diablo podrá, con permiso de Dios, trasportar á un hombre. ¿Es de admirar que los demonios tengan tal poder sobre los cuerpos humanos, habiendo recibido uno mucho mayor en el engaño de las almas?

Ademas, esto se halla confirmado por muchos hechos; de suerte que nadie puede, sin nota de testarudo, sostener lo contrario. Padres respetabilísimos y de una santidad acrisolada refieren que Simon el Mago cruzó el aire en presencia de Pedro, ayudado de alas diabólicas. Se lee lo mismo acerca del Escita Abari. La historia de Inglaterra nos presenta á Badud, rey de Bretaña, igual en el arte de volar y en el éxito desgraciado (1). Olao Magno, historiador de los Godos y de los Suevos, dice en el libro II, que Erico, rey de Suecia, era conducido sin demora á cualquiera parte hacia adonde volviese su sombrero. Nangiaco dejó escrito en su crónica, refiriéndose al año 1043, que Berenguer, heraje y hechicero, en la misma noche había estado en Roma y cantado la lección en la iglesia de Tours; y en 1043, de prodigijs, dice que en Inglaterra una hechicera fué puesta públicamente en un caballo negro y llevada por el aire. Vincenzo, apoyándose en la autoridad de Pedro Damian, habla de un niño de cinco años, hijo de uno de los primeros nobles, el cual, habiéndose metido fraile, fué arrebatado cierta noche, y encontrado por la mañana en un molino. Á las preguntas que se le dirigieron, contestó que le habían conducido á un gran banquete, ordenándole que comiese, y que luego había bajado desde lo alto al molino.

Pablo Grillando, en el lib. II, *sortileg.* c. 7, dice que en el año 1524, como inquisidor que era, fué llevada á su presencia una tal Lucrecia, la cual, mientras la conducían de la reunión á su casa, como se oyese al acercarse la aurora la campana que invitaba al pueblo á la oración, fué abandonada de improviso por el demonio en un campo de espinas junto á un río. Habiendo visto pasar casualmente á un joven conocido suyo, la infeliz le llamó por su nombre, y el joven, viéndola desnuda, sin mas que una escarcela, con los cabellos esparcidos, no se atrevía á acercarse. Ella insistió, valiéndose de palabras cariñosas, tanto que al fin el joven se aproximó, y le preguntó por qué se hallaba de aquel modo. Su contestación al principio fué evasiva, y fingió muchas cosas; hasta que el joven, no dándole crédito, se negó á socorrerla si no le confesaba la verdad. Entonces ella, exigiéndole la promesa de que callaría, le confesó lo acaecido, y en recompensa de haberla llevado aquel secretamente á su casa, le hizo grandes regalos. Pero el joven olvidando al cabo su promesa, refirió el hecho á una ó dos personas: de este modo se divulgó poco á poco; la mujer fué detenida y él se vió obligado á atestiguar la verdad. — Grillando cuenta otro caso en los términos siguientes: «Una mujer de la diócesis de Sabina profesaba este arte diabólico, y recelándolo su marido, la interrogó varias veces, sin obtener nunca sino respuestas negativas. Sin embargo, persistiendo el marido en su sospecha, buscaba con ansia la verdad, y obró tan acertadamente, que una noche la vió unirse con no sé qué unguento, y en seguida alejarse tan veloz como un pájaro, bajando del piso superior al de la calle. Siguióla el marido para ver el resultado de semejante juego, pero desapareció; y examinando la puerta de la casa, la halló cerrada, lo cual le sorprendió en gran manera. Al otro día, deseosísimo de aclarar aquel misterio, la interrogó nuevamente, contestándole ella siempre que nada sabía. Entonces el marido, para que su esposa no continuase negando, le dijo abiertamente

(1) POLYDORUS, *Hist. Angl.* lib. I.

todo lo que le había visto hacer la noche última; después le dió una buena paliza, amenazándole con un tratamiento peor si no confesaba la verdad. La mujer, convencida de no poder ocultarse, declaró todo, y pidió perdón al marido, el cual se lo otorgó, estipulando que le llevaría consigo á la reunión. Ella, para conseguir que le perdonase, accedió, y con permiso de Satanás cumplió su promesa. Conducido, pues, al lugar donde se juntaban, contempló los solaces, los bailes y todo lo demas; por último, habiéndose sentado á la mesa, y encontrando insípidos los manjares, pidió repetidas veces sal, y siempre en vano. Al fin, cuando después de tanto esperar le fué servida, dijo: *Laudó sea Dios, pues al cabo ha venido la sal.* Pronunciar estas palabras y desaparecer los diablos, con el resto de los concurrentes, fué todo uno. Las luces se apagaron, y él se quedó allí solo, hasta que á la mañana siguiente vió pasar algunos pastores, y les preguntó que país era aquel: ellos le contestaron que era el territorio de Benevento, en el reino de Nápoles. Estaba, pues, unas cien millas distante de su patria; y así, á pesar de ser rico, para poder volver á su casa, tuvo que ir pidiendo limosna por el camino. En cuanto llegó, acusó á su esposa de brujería, y expuso á los jueces el suceso, los cuales, después de un esmerado exámen, hallaron las cosas que hemos relatado y que fueron confirmadas también por la confesión de la mujer. » Esto lo refiere, apoyándose en la autoridad de Grillando, fray Alfonso de Castro (cap. 16), y añade que pudiera aducir, como prueba de lo mismo, muchos otros hechos, acaecidos en España, y que sabía de personas dignas de la mas completa fe.

Bartolomé de Spina, maestre del sacro palacio apostólico (1), refirió acontecimientos no menos verdaderos, de los cuales transcribiré el siguiente: «Una joven, que vivía en Bérgamo con su madre, fué encontrada de noche en Venecia en la cama de un pariente suyo. Por la mañana, habiéndola visto desnuda y reconociéndola, como que era su prima, le preguntó de qué modo había ido allí y por qué estaba en aquel sitio. Ella llorando, después que se hubo vestido, dijo lo que sigue: Esta noche mientras estaba despierta en la cama, vi á mi madre, que me creía dormida, levantarse, quitarse la camisa y untarse con un unguento que sacó de un vaso oculto debajo de los colchones; después se puso entre las piernas un baston que tenía preparado, y fué llevada al traves de la ventana, no volviéndola á ver allí. Entonces me levanté yo también de la cama, me unté el cuerpo, como había hecho mi madre, y conducida inmediatamente al traves de la ventana, fui trasladada aquí, donde encontré á mi madre, que tendía asechanzas á este joven, que yacía en su lecho. Quedé aterrada; mi madre se turbó también al verme, y habiéndose puesto á amenazarme, invoqué el nombre de Jesus y de la Virgen, y desde entonces no la vi mas, quedando en este sitio sola y desnuda. Oído esto, el pariente de la joven escribió al padre inquisidor de Bérgamo, el cual mandó prender á la madre, que lo confesó todo en el tormento, y añadió que había sido trasladada allí por el diablo mas de cincuenta veces para asesinar al hijo del referido pariente, pero sin poderlo conseguir nunca, pues siempre le había encontrado bien defendido por sus padres con la señal de la cruz y con santas oraciones. » — Dice ademas lo siguiente: «Antonio Leon de Valtellina, carbonero, domiciliado en Ferrara, me contó este año el hecho que paso á referir, y que había oído en su patria al mismo sugeto de la aventura. Cierta individuo entró en sospechas, por relacion de muchos, de que su mujer, mientras él dormía, andaba en cosas de magia. Una noche fingió dormir profundamente, y su esposa, creyendo verdadero aquel sueño, dejó la cama, se untó un unguento que sacó de un vaso que tenía oculto, y en seguida desapareció. Su marido,

(1) Q. de Strigibus, cap. 17 y siguientes.

atónito y movido por la curiosidad, se levantó, hizo como su mujer, inmediatamente fué llevado de allí, segun se le figuró, por el mismo camino que había tomado aquella, llegando á la bodega de un conde, donde halló en compañía de otras muchas personas á su esposa. Esta, en cuanto le vió, hizo cierta señal, y marchándose con los demas, dejó allí á su marido solo. Por la mañana, los criados de la casa le encontraron en aquel sitio, y deteniéndole como ladrón, le condujeron á la presencia de su amo. Cuando se le permitió explicarse refirió el caso, y en consecuencia su mujer fué sometida al tribunal de la Inquisición, y después de confesarlo todo, recibió el castigo digno de sus maldades. » Hasta aquí Bartolomé de Spina.

(Paso en silencio otros muchos hechos que refiere Delrio, el cual sigue.) Balduino Ronseo (1) refiere el caso siguiente, como sucedido en su tiempo en Holanda. «En la aldea de Oostbruck, no lejos de Utrecht, había una viuda que tenía consigo un criado para las incumbencias domésticas. Este, con la curiosidad propia de los de su clase, habiendo observado á hurtadillas que su ama, en la oscuridad de la noche, tan pronto como los criados se entregaban al sueño, se dirigía á un punto fijo de la caballeriza, y extendiendo las manos, abrazaba el henil contiguo al pesebre, sorprendido de ello determinó hacer la misma prueba y correr igual suerte. Así, pues, habiéndose dirigido el ama, segun tenía de costumbre, á la caballeriza, tan luego como le pareció que se había marchado, se acercó también él, contempló el sitio, é imitando á aquella abrazó el henil. Inmediatamente se sintió levantar en el aire, y fué conducido á la ciudad de Wych, donde, en un oculto subterráneo, encontró la congregación de las brujas que discurrían acerca de sus maleficios. El ama, admirada de la aparición del criado, que no esperaba ver allí, le preguntó cómo se había ingeniado para llegar á aquel sitio en un momento. El no le calló nada, con lo que el ama se irritó en extremo, pues temía que de este modo se divulgasen aquellas nocturnas y clandestinas reuniones. Habiendo consultado el asunto con sus compañeras, estas determinaron acogerle amistosamente, exigirle que guardase silencio, y hacerle jurar que no revelaría á nadie los arcanos que sin mérito por su parte y con grande estupor había presenciado. El criado prometió cuanto quisieron, usó de halagos y fingió desear con ardor el poder en adelante, si convenian en ello, asistir á las reuniones. Entretanto, mientras se deliberaba, pasó la hora y llegó el tiempo de partir. Á instigación del ama, se puso de nuevo á discusion si deberían trasladarle á su domicilio con peligro de toda la reunión, ó quitarle de en medio por el bien público. Al fin adoptaron el dictámen mas benigno, esto es, de obligarle á jurar y conducirlo á su casa. Encargóse de ello el ama, le tomó á cuéstras, y cruzó el aire mas veloz que el viento. Pero cuando tenían atravesada ya gran parte del camino, se ofreció á sus miradas un lago lleno de cañas; y la perversa vieja, aprovechando la ocasión, por temor de que el joven, arrepentido de que le hubiesen iniciado en aquellas terribles fiestas, divulgase lo que había visto, voló al otro lado, y le arrojó de sus hombros, con la esperanza de que, estropeado por la violencia de la caída, se precipitase en lo mas profundo del lago. Pero el misericordioso Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, impidió que el éxito coronase tan infame designio. El inocente joven no se sumergió, y ha vivido hasta hoy, logrando caer sobre el cañaveral, el cual mitigó en cierto modo la violencia y el ímpetu de la caída. El infeliz, como solo le quedó sana la lengua, sintiéndose atormentado por mil dolores, lanzaba suspiros y gemidos, hasta que algunos transeúntes, sorprendidos de oír tan extraor-

(1) *Epist. medic.* 50.

dinarios lamentos, empezaron á inquirir su procedencia, y vieron que los exhalaba un hombre derrengado y sin caderas. Habiéndole preguntado cuál era su patria, y el motivo de hallarse en tal situación, refirió claramente todo, y por último le llevaron en un carro á Utrecht, donde el noble Juan Colemburgo, prefecto de la ciudad, conmovido por la novedad del caso, después de hacer las mas severas indagaciones, mandó prender y atar á la perversa ama, la cual, en cuanto se encontró en manos del prefecto, confesó de plano. » Hasta aquí Ronseo.

¿Qué puede oponer á estos hechos la impudente boca de Viero ó de Godelmann con sus oráculos de Lutero y Melachton? ¿Dirán acaso que la mujercilla se lo figuró en su imaginación enferma, engañándose por lo tanto? Pero; cómo! ¿no estaba el mismo joven sumamente estropeado y derrengado? Quizá fingiese; y entonces; ¿de dónde y cómo fué llevado al cañaveral, sino desde aquel subterráneo, y á este, sino desde su casa? Si no se movió, ¿cómo fué conducido desde Oostbruck á aquel cañaveral? Si se dirigió allí espontáneamente, ¿cuál pudo ser la causa de tan grave y general luxacion de los miembros? ¿Tenian por ventura también enferma la imaginación los que encontraron allí al joven y le trasladaron á Utrecht ante el prefecto? ¡Oh impudente obstinación! Considera mas bien, oh lector, en este relato, primeramente un nuevo modo ó señal, esto es, abrazar el henil sin ninguna untura. En segundo lugar, que los demonios acostumbran elegir puntos determinados para celebrar en ellos sus reuniones y conciliábulo; pues el año anterior, aquel Juan de Vaulx, decapitado en Stabuleto, confesó que entre los principales sitios de las reuniones generales se contaba uno en el territorio de Utrecht, y que mas de una vez había sido trasladado allí desde Stabuleto. Observa en tercer lugar, oh lector, que no solo son llevadas por el aire las brujas, sino que, con la ayuda del demonio, pueden llevar á cuéstras otras personas; y por último, que es una necesidad confiarse á la compasión de crueldadísima mujeres impudicas. ¿Cuánto mas seguro hubiera sido para aquel joven escudarse con el nombre salvador de Jesus y con la señal de la cruz, deshaciendo y ahuyentando así, á guisa de viento, toda la reunión. Hubiera quedado solo en el subterráneo, es verdad; pero no habría pasado mas que la fatiga de un viaje algo largo. Fácil me fuera citar muchos ejemplos de esta clase, pues los trae Anan d. lib. IV, el autor de la obra *Dæmonom*, lib. II, cap. 4, Remigio en el lugar cit., Torquemada dial. III, Binsfeld *De operis memb.* I, cond. XII, Comasco en la *Lucerna inquisitorum*, y otros.

De estos ejemplos se deduce una excelente prueba. Si los que se unieron por mera curiosidad, fueron conducidos realmente de un punto á otro, es claro que la traslación no es cosa fantástica y puro delirio de mujercillas; por el contrario, desecha de improviso la reunión, se encontraron algunas veces las mesas y los utensilios de plata, reconocidos luego por sus dueños, y las mujeres confesaron que habían llevado consigo aquellas cosas á sus conciliábulo. Los hechiceros señalan con cuidado todos los sitios, manjares y demas; distinguen las plantas, los setos, los rios, los campos, las casas; si no llevan máscaras, conocen á los comensales, y aun los saludan á menudo y hablan con ellos al encontrarlos en la calle; con frecuencia se les ve ir y venir; todos unánimemente confiesan las mismas cosas, caminando de acuerdo en las menores circunstancias. Lo mismo afirman otros, exentos de sus errores y delitos. Lo confiesan los reos en la hoguera, donde la ficción no les serviría de nada, y después de terminados los tormentos. En cosas vanas y falaces no es posible exista afirmación tan unánime y constante, ni tan grande acuerdo entre personas extrañas por razon de lugar, tiempo, edad y estudio; pues cada cual tiene un modo de pensar

que le es propio, y el uno idea alguna cosa distinta del otro, no poseyendo todos la misma disposición de cerebro y de fantasía, que sería necesaria al demonio para tales imágenes, ni pudiendo darse tanta conformidad en la mentira. En mi sentir, este argumento basta para convencer á todo hombre no obstinado.

Sostengo, pues, por conclusion, que estas traslaciones pueden verificarse de cuatro maneras: 1º con el pensamiento solo, que es lo que en la Sagrada Escritura significa ser trasladado en espíritu, como sucedió en la vision de Ezequiel: «Una mano se extendió, me cogió por los cabellos, me elevó en espíritu entre cielo y tierra, y me llevó á Jerusalem para contemplar una vision de Dios;» pues la última palabra restringe el significado de las antecedentes, á fin de que no pensemos que esta traslacion haya sido semejante á la de Abacuc en *Daniel*. 2º Á veces van á los conciliábulos por su pié, como refieren Remigio y Binsfeld. 3º Son trasladados realmente, segun he dicho, por el demonio, conforme al cuerpo y al movimiento local. 4º Puede tambien acontecer que ignoren si su traslacion ha sido corporal ó solo con el pensamiento, como sucede en el éxtasis divino de Pablo.

El padre Juan Maldonado dice que cuando quieren que la traslacion sea corporal, se untan con un unguento hecho de grasa de cuerpos infantiles; pero cuando desean participar de las reuniones únicamente en sueño, entónces deben acostarse sobre el lado izquierdo: si quieren luego ver, ya despiertos, lo que se hace en aquellos conciliábulos como si se hallasen presentes, por obra de los demonios exhalan de la boca un vapor denso, en el cual contemplan, como en un espejo, las imágenes de las cosas ejecutadas. Quizá aludia á esto el famoso Juan de Vaulx, cuando decia á los inquisidores que no sabia distinguir si tomaba parte en la reunion corporalmente ó con el pensamiento.

Queda por contestar á una objecion hecha por algunos. Un docto filósofo y teólogo pregunta: ¿Cómo es posible que el ángel, siendo incorpóreo, mueva de su sitio á una cosa corpórea? Respondo, que no se necesita para esto una nueva virtud concedida por Dios, como pensó Guillermo de Paris; ni siquiera una virtud distinta ó una fuerza motriz, segun opinó Aureolo. Nadie pretende que un ángel, por la sola fuerza de su voluntad y entendimiento, mueva de un sitio ilimitadamente á todo cuerpo cuando quiera, para llevarlo adonde mejor le agrada y con la celeridad que mas le convenga, pues esto sería suponer en él una virtud infinita; pero el ángel puede sí mover de un lugar y trasportar un peso determinado y que le sea conocido, no excediendo á sus fuerzas, con aquella celeridad y en aquel espacio que consienta la agilidad del ángel y la naturaleza de la cosa movida, en cuanto se halle presente, segun sea la sustancia del cuerpo adoptado. De este modo impela aquel cuerpo con su sola voluntad, y con la misma voluntad, mediante aquel cuerpo, mueve y conduce el cuerpo vecino: á la manera que un viento fuerte trasporta por el aire una pluma, la abandona al fin en un lugar, y abandonándola la detiene. Así el ángel, cuando llevaba al profeta Abacuc, tocaba únicamente sus cabellos; y sin embargo, no eran estos los que sostenian el cuerpo, sino la virtud del ángel, aplicada por la voluntad á todo el cuerpo. De donde resulta que si el ángel quiere moderar la actividad, de suerte que la rapidez del movimiento no exceda á la fuerza de la persona trasladada, la traslacion no producirá á este ningun cansancio; de lo contrario, el hombre se fatigará en extremo con tan veloz excursion por el aire. No es justo, de consiguiente, la distincion de Remigio, á saber: Que las traslaciones efectuadas por los ángeles buenos son tranquilas y nada molestas para los hombres; y que las de los ángeles malos son, al revés, fa-

tigosas, incómodas, terribles; pues si bien creo que las mas de las veces sucede así, con todo, en las facultades del demonio está el trasladar adonde le plazca, sin molestia ni fatiga, como se manifiesta por los ejemplos que cita Torquemada, *dial. III*; además de que Juan de Vaulx lo afirma al hablar de sus traslaciones. Debemos confesar, no obstante, que las que efectúan los demonios están llenas siempre de peligros y de horror.»

(L) pág. 208

BULA DE SIXTO V SOBRE LA ASTROLOGÍA Y LOS MALEFICIOS.

Sixto papa, siervo de Dios, para perpétua memoria. Dios, Criador del cielo y de la tierra, á quien creemos con el corazón, el único ser omnipotente á fines de justicia, y tal lo confesamos con la boca á fines de salud; si bien ha dado al hombre, que formó á su imagen y semejanza, la mente, capaz no solo de comprender los misterios superiores á toda inteligencia humana, sino tambien de investigar y entender por la energia de su naturaleza, aunque con dificultad, muchas cosas excelentes; para que este, en su soberbia, no irguiese la frente, enorgullecido de su saber, sino que temiese y adorase, postrado en tierra, la inmensa majestad de su Hacedor, se reservó la ciencia del porvenir. Él solo, él, á cuyos ojos todo está manifiesto, penetra los pensamientos de los hombres y ve sus acciones futuras; solo él nombra las cosas que no existen como si hubiesen existido, y las tiene todas presentes y á su vista; por último, solo él en su eternidad conoció y ordenó con admirable sabiduría todas y cada una de aquellas cosas que en el trascurso de los siglos han sucedido y sucederán, y que ni á los mismos demonios, y mucho menos á nosotros, dotados de tan débil entendimiento, es dado antever. Por eso el Espíritu Santo ridiculiza, por boca del profeta Isaias, la falsedad y debilidad de los ídolos en predecir lo futuro, y la vanidad de las personas que les tributaban adoracion diciendo: «Predicadnos las cosas futuras, y creeremos que sois dioses;» y en el Nuevo Testamento, Cristo, Nuestro Señor, hizo enmudecer á sus discípulos, que se mostraban demasiado curiosos por averiguar los sucesos futuros, y refrenó al mismo tiempo la curiosidad de sus fieles, con esta grave respuesta: «No pertenece á vosotros conocer los tiempos y los momentos, que el Padre ha puesto en su poder.» Por ocuparse en antever los acontecimientos y casos, exceptuando aquellos que suelen nacer necesariamente ó en su mayor parte de las causas naturales, no se tienen verdaderas artes ni ciencias, sino falaces y vanas, introducidas por la astucia de hombres perversos y el engaño de los demonios. Toda clase de adivinacion procede de las obras y del consejo y auxilio de estos, sea que expresamente se les invoque para que manifiesten lo futuro, sea que ellos por su malignidad y odio al género humano, ocultamente, y hasta á pesar de los hombres, se ingieran y entrometan en las vanas indagaciones de las cosas futuras; á fin de que los entendimientos humanos se confundan en las perniciosas vanidades y en los falaces pronósticos de los contingentes, y se perviertan con todo género de impiedades. Ellos conocen estas cosas, no por divinidad alguna, ni en virtud de una verdadera ciencia de lo futuro, sino por la perspicacia propia de la naturaleza mas sutil, y valiéndose de otros medios á que no alcanza nuestra inteligencia. Así no debe dudarse de que el diablo se mezcla falazmente en todo lo que mira á la indagacion y prevision de las cosas futuras contingentes y de los efectos fortuitos, para apartar con el fraude y el engaño á los infelices hombres del sendero de la salud, y envolverlos en el lazo de

la condenacion. Siendo esto así, hay algunos que no consideran las antedichas cosas como deben, y siguiendo las falsas, ofenden gravemente á Dios con sus errores y los de aquellas personas á quienes inducen á pecar. Tales son principalmente los astrólogos de la antigüedad, llamados matemáticos, genéticos, planetarios, los cuales profesando la vana y falaz ciencia de las constelaciones y estrellas, y procurando desearadamente prevenir el orden de la divina disposicion que ha de manifestarse á su tiempo, miden los nacimientos y las generaciones de los hombres por el curso de las estrellas y por las constelaciones, y juzgan las cosas futuras y tambien las presentes y pasadas ocultas; y por el nacimiento de los niños, por el dia en que estos vienen al mundo, ó bien por otra vana observacion y distincion de los tiempos y de los momentos, presumen temerariamente antever, juzgar y afirmar el estado de cada hombre, su condicion, el curso de su vida, sus honores, sus varios peligros, y otros casos y eventos prósperos y adversos, no sin gran peligro de incurrir en error é infidelidad. San Agustin, antorcha principalísima de la Iglesia, afirma que los que observan estas cosas, los que les prestan atencion, los que las creen, los que dan entrada en sus casas á tales gentes y las interrogan, prevarian contra la fe ó contra el bautismo, por lo cual el apóstol con justicia les dirige las siguientes palabras de censura y reprobacion: «Observad dias, meses, tiempos, años; y temo que acaso me haya fatigado inútilmente en medio de vosotros.» Estos hombres, pues, ligerísimos y temerarios, con miserable ruina de sus almas, con grande escándalo de los fieles, con perjuicio de la fe cristiana, atribuyen los sucesos venideros y todas aquellas cosas futuras, que están por verificarse de un modo próspero ó adverso, así como los actos humanos y cuanto procede de la libre voluntad de los hombres, á las constelaciones y estrellas, suponiéndolas poder, fuerza y virtud, y cuidando de que sus pronósticos versen únicamente sobre cosas generales. Por eso se atreven á formar acerca de todas estas cosas juicios, pronósticos, predicciones, y se apropian el arte de adivinar, alabándose de ello en público. Les dan crédito muchos individuos toscos y sencillos y otros demasiado crédulos é imprudentes, que se figuran y esperan han de realizarse tales juicios y predicciones, siendo lamentable en sumo grado la temeridad de los falsos maestros y la ciega confianza de los infelices discípulos; pues á pesar de las advertencias que les hacen las divinas Escrituras, no comprenden la excelencia del hombre, á quien el cielo, las estrellas y los brillantes cuerpos del sol y la luna, por disposicion de Dios, no mandan sino sirven. Moises aconsejaba al pueblo de Dios que evitase semejante error, «no fuera que, elevando los ojos al cielo y contemplando el sol, la luna y las estrellas del firmamento, en su engaño adorase y reverenciase estas cosas, que Dios ha criado para servir á los individuos que están bajo el cielo.» Pero ¿qué maravilla es que las estrellas sirvan al hombre? Las nobilísimas inteligencias, los ángeles mismos, ¿no son todos espíritus administradores, enviados para emplearse en el servicio de aquellos que consiguen la herencia de la salvacion? Porque Dios ama tanto á estas ovejas dotadas de razon, que no solo, como escribe San Ambrosio, ha instituido los obispos, para que las defiendan, sino que ha dado igual comision á los ángeles. San Jerónimo dice tambien con sumo acierto: «Gran dignidad de las almas es que cada hombre, desde que nace tenga un ángel custodio;» y si los ángeles custodian á los hombres, ¿qué pondrán contra su guarda y tutela fraguar y ejecutar las constelaciones, en manera alguna comparables con los ángeles? No se debe omitir en este lugar la sentencia del insigne doctor de la Iglesia y beatísimo pontífice Gregorio Magno, que con palabras y razones graves convence á los herejes

priscilianistas, los cuales pensaban que cada hombre nace bajo la disposicion de las estrellas: «Guárdense los fieles (dice) de creer que el hado es alguna cosa,» pues el Hacedor, que creó la vida de los hombres, es el único que la conserva, y el hombre no ha sido formado para servir á las estrellas, sino las estrellas para servir al hombre.» Si se dijese que la estrella es destino fatal del hombre, equivaldría siempre á suponer á este sometido á su ministerio. Pluguiera á Dios que los insensatos hombres supiesen y comprendiesen esto, y obedeciesen los mandamientos de Dios, que dice en el Levítico: «No os acerquéis á los encantadores, ni tratéis de saber nada por conducto de los adivinos, para no contaminaros con ellos;» entónces no buscarian tan diligentemente aquellas cosas que rechaza y condena la verdadera piedad cristiana, ni permitirían que se les envolviese y engañase de tan miserable modo. Hay además ciertos individuos vanos y curiosos, ó por mejor decir, impíos y sin religion, cuya ansiedad de conocer lo futuro y otras cosas ocultas es tal que para adivinarlas ó investigarlas de mil maneras, prevarian contra la ley de Dios; pues algunos no temen ejercer el arte de adivinar por medio de la tierra, del agua, del aire, del fuego, de los hombres, de la mano de los difuntos y otros sortilegios ó supersticiones, no sin tener un comercio, oculto á lo ménos, con los demonios, y sin haber contraído con ellos un pacto tácito; ó bien sirviéndose de ellos ó de las suertes ilícitas de echar dados, granos de trigo ó habas. Otros tambien, conservando algun vestigio de la antigua y abolida idolatria, soterrada por la victoria de la Cruz, prestan atencion á ciertos augurios, auspicios y otras señales semejantes y observaciones vanas para adivinar los sucesos futuros. Los hay asimismo que se ponen de acuerdo con la muerte, y hacen pacto con el inferno; que para adivinar las cosas ocultas, hallar tesoros, ó bien para cometer otras maldades, previo expreso convenio con el diablo en perjuicio de sus almas, se valen de perversos encantos del arte mágico, de instrumentos y brujerías, y describen círculos y caracteres diabólicos, invocan á los demonios, ó les piden consejos, les dirigen preguntas, reciben respuestas, les ofrecen oraciones, olores de incienso ú otras cosas, ó bien perfumes y otros sacrificios, encienden velas, abusan sacrilegamente de las cosas sagradas, de los sacramentos y de las palabras sacramentales, y los adoran con genuflexiones y otros obsequios impíos, les rinden culto y honor, hacen ó disponen que se les hagan anillos, cuevas ó pequeñas redomas para ligar, segun creen, ó encerrar en ellas á los demonios, y luego interrogarlos y oír sus contestaciones. Algunos, en los cuerpos endemoniados, ó bien por medio de mujeres locas y poseídas del demonio, averiguan las cosas futuras ó los hechos ocultos, con lo que obtienen mentirosas y vanas respuestas de aquellos á quienes el Señor en el Evangelio les ordenó que callasen. Tambien otros hechiceros, pero mas á menudo ciertas mujercillas entregadas á las supersticiones, adoran humildemente al diablo, origen de todos los males, en redomas ó vasijas de vidrio llenas de aguas, ó bien en una caverna con velas encendidas, y hasta benditas, bajo el nombre de ángel santo y blanco, ó bien en las uñas ó en la palma de la mano, á veces unidas con aceite, ruegan al mismo arquitecto de todos los engaños que les muestre lo futuro y las cosas ocultas por medio de fantasmas ó imágenes aparentes ó visiones fantásticas; ó inquietan del mismo padre de las mentiras con otros encantos ó con varias observaciones supersticiosas la verdad de las tales cosas futuras y ocultas, y se fatigan por adivinarlas á los hombres. En todas esas personas, la misma impiedad es seguida del mismo fin, esto es, tanto los que adivinan, como los que interrogan, se encuentran miserablemente burlados y escarnecidos por los engaños y fraudes del de-